

LECTURA

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / 1

Un país caído del mapa

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS.

EL PAÍS | Opinión - 10-08-2003

Los argentinos están indecisos sobre cuál es su lugar en el mundo. Pocas veces sentí como en un reciente viaje a Buenos Aires que el país estaba en ninguna parte: ni en el continente al que pertenece por razones de geografía y de cultura, ni tampoco en la Europa a la que creía pertenecer por razones de destino. Quizá la mejor forma de acercarse a la Argentina es contando sus historias. Si por azar me preguntan qué cosas del pasado son las que más recuerdo, contesto con una involuntaria paradoja: "Lo que más recuerdo es lo que no he visto". Así como he tratado de incorporar a mi memoria lo que no sé, escribo siempre sobre lo que no conozco, para aprender y, de paso, para aprenderme. Aunque he nacido en el corazón de la Argentina y he vivido casi toda la vida allí, cada vez que la visito, cinco a seis veces por año, la entiendo menos. O bien está en el extremo de la inmadurez como la vio Witold Gombrowicz -quien quedó anclado en Buenos Aires desde la tarde misma en que estalló la Segunda Guerra hasta un mediodía de veintidós años después-, o bien en el extremo de la irrealidad como lo describió Ortega y Gasset en la séptima serie de *El espectador*. La mejor manera de acercarse a la Argentina es narrándola como lo hicieron Antoine de Saint-Exupéry, Paul Morand, Rafael Alberti y el propio Gombrowicz en la primera mitad del siglo XX, y Bruce Chatwin, V. S. Naipaul, Manuel Vázquez Montalbán y Carlos Fuentes en la segunda mitad.

Narrar la Argentina es convertir en cristales su presente movedizo y su pasado, que parece cada vez más ilusorio. Es sorprender en una imagen el vértigo de su humor y, quizás así, saber de qué está hecho ese humor. Nada describe mejor a la Argentina que sus historias, atravesadas por los paisajes lunares y glaciares de la Patagonia, por los laberintos de las llanuras centrales -a las que Domingo F. Sarmiento llamó, en su clásico *Facundo*, "travesía" y "desierto", que son otros dos nombres de la nada-, y por las selvas y montañas del noroeste donde nació, y donde todavía siguen gobernando los dictadores prehistóricos, aunque ahora ungidos por el voto de las mayorías.

¿Dónde está la Argentina? ¿En qué confín del mundo, centro del atlas, techo del universo?
¿La Argentina es una potencia o una impotencia, un destino o un desatino, el cuello del tercer mundo o el rabo del primero?

Cuando he declarado que nací en la Argentina, me han preguntado más de una vez, en Francia o en Estados Unidos, dónde está eso, en qué punto del mapa. Algunos estudiantes de

escuela preparatoria, en el Medio Oeste, me han sorprendido señalando: "Ah, ya sé: Argentina es la capital de Guatemala". O la de Río de Janeiro. O una provincia de Australia. Para casi todos ellos, se trataba de un paraje tropical, de intolerable calor, en el que abundan las bananas y los mulatos.

En la primavera boreal de 1971 entrevisté en París al príncipe heredero de la Patagonia, un reino de fantasía que existió fugazmente a mediados del siglo XIX y que se ha perpetuado a través de una corte de opereta. Antes de visitarlo, fui preguntando al azar, en las vecindades de la Avenue de l'Opéra -donde el pretendiente tenía su despacho-, sobre la Patagonia, la pampa, Buenos Aires o cualquier punto de la geografía vinculado con ese residuo decrepito de un pasado que también era francés. Recibí las respuestas más extravagantes. Sólo un estudiante de liceo -otra vez- me recitó con soltura: "*Mais, oui. Je sais*. Las pampas argentinas se extienden desde el grado 34 al 40 de latitud austral. La palabra pampa proviene del araucano y significa llanura de hierbas". ¿Dónde has aprendido eso?, quise saber. "En *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne", me dijo. No estaba mal, pero la referencia tenía un siglo de retraso y pertenecía a un escritor que jamás había pisado esas tierras.

Apogeo y caída

Hacia 1928, la Argentina era superior a Francia en número de automóviles y a Japón en líneas de teléfonos. Catorce años más tarde, el economista Colin Clark vaticinó que, después de la guerra, el poderío industrial argentino sería el cuarto del mundo.

Ya en 1942, sin embargo, el país caminaba por un rumbo equivocado y llegaría el momento - un momento que iba a durar décadas- en que ni siquiera los argentinos sabrían en qué lugar del mundo estaban. Todo empezó, tal vez, con un discurso que el máximo poeta nacional, Leopoldo Lugones, pronunció en 1924 para celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho. Dos años antes, los camisas negras del *onerevole* Benito Mussolini habían marchado sobre Roma y el fascismo corporativo dominaba el futuro. Lugones, a tono con aquellos tiempos, declamó con voz de oro que los militares eran "los últimos aristócratas del espíritu" y que, espada en mano, deberían ejercer su "derecho de mejores", con la ley o sin ella, emprendiendo cruzadas purificadoras para imponer el "orden nuevo". A los militares argentinos les encantaron esos discursos y seis años después acabaron con la democracia e iniciaron la era autoritaria, que duraría más de medio siglo.

A mediados de los años sesenta, uno de esos militares de caricatura, el general Juan Carlos Onganía, pretendió convertir a la Argentina en un modesto Reich de cien años. Se veía a sí mismo cabalgando en la montura de ese Reich, con el sable en alto. Mientras tanto, sus acólitos profetizaban la inminencia de una tercera guerra en la que ellos asumirían el liderazgo de América Latina. No hubo tercera guerra, como se sabe, y el espejismo del liderazgo los hizo malgastar el magro presupuesto nacional en armamentos inservibles.

Una década más tarde, el cabo de policía José López Rega -mayordomo y astrólogo de Juan Perón- quiso construir la Argentina Potencia con las emboscadas asesinas de una organización llamada Triple A: Alianza Anticomunista Argentina. Luego, los comandantes de la dictadura se empeñaron en ganar la misma inexistente guerra mundial robando niños y asaltando casas. El mal que aquejaba a la Argentina no era ya la extensión o el desierto como se dice en el primer capítulo de *Facundo*. Era el delirio de grandeza floreciendo en un mar de pobres. El penúltimo de los dictadores, Leopoldo F. Galtieri, embriagó al país entero con la

ilusión de que estaba derrotando en el Atlántico Sur a las mayores fuerzas navales del planeta. El primer presidente de la democracia, Raúl Alfonsín, soñó con erigir una Nueva Jerusalén en Viedma, la ciudad más ventosa de ese abismo de vientos que es la Patagonia. Más inefable aún, Carlos Menem se ofreció para mediar en las guerras del Cercano Oriente y en asociar la Argentina a todas las aventuras bélicas de Estados Unidos, con el cual mantenía relaciones carnales.

Mucha de la infelicidad argentina nace de una lección que la realidad siempre contradice. En las escuelas se enseña que el país es invencible, europeo, bien educado, predestinado a la grandeza, pero cuando los estudiantes salen a la realidad se dan de cabeza contra la pequeñez. Además, está lejos de todo, y la gravedad de la tierra se siente allí más que en ninguna parte.

Hasta Gabriel García Márquez sintió el peso del fin del mundo cuando viajó a Buenos Aires en 1967 para el lanzamiento de *Cien años de soledad*. En el hotel de la calle de la Libertad, donde vivía, se despertaba ahogado en medio de la noche. "No puedo más", decía. "El atlas me pesa demasiado sobre las espaldas". La fama de García Márquez crecía entonces de manera visible, sensorial: se la podía tocar, oler, estaba en el aire. Pero él parecía desasosegado. "Esta ciudad está demasiado lejos. Llegas, y es como si ya no tuvieras mundo donde escapar". No volvió jamás. En marzo de 1990 viajó a Santiago de Chile para celebrar el regreso de la democracia. Un amigo lo invitó a cruzar la cordillera de los Andes y pasar un par de días en Buenos Aires, donde había nacido su celebridad. "No, gracias", dijo. "Tolero muy bien México, a pesar de la contaminación y de la altura. Pero en Buenos Aires, donde el aire es limpio, me asfixio".

El exilio y el reino

Partir es contagioso en la Argentina. Cuando el país empezó a derrumbarse, en 1995, y las promesas de Menem se revelaron como lo que eran, abalorios de colores, veinte mil a treinta mil jóvenes universitarios, cada año, abandonaron las llanuras enfermas de vacío. Antes del amanecer, se los veía montar guardia a la puerta de los consulados de Italia, España, Canadá, Australia y Estados Unidos a la espera de visas cada vez más esquivas. "Yo me voy por desesperación", me dijo a fines de los noventa una investigadora de biología molecular. "Aquí ya no hay nada que hacer". Su marido, un ingeniero de proteínas, repetía, cabizbajo: "Aquí no hay lugar para nosotros". Parecían paradojas sin sentido. En el desierto interminable y sin ilusiones, ya no había lugar; la nada estaba repleta.

Algunos se iban porque les faltaba lugar; otros, porque temían que no les quedara tiempo. Miles de ellos se declaran ahora arrepentidos y quieren volver, encandilados por las luces de un Gobierno, el de Néstor Kirchner, que se esmera en limpiar los focos de corrupción y en llevar a la cárcel a los evasores de impuestos y a los violadores de los derechos humanos. Entonces, sin embargo, hace apenas un año y medio, el futuro parecía muerto. Para encontrar el futuro, la mayoría se lanzaba a la caza de su pasado.

Los nietos de italianos y los hijos de españoles redescubrían sus orígenes. No regresaban triunfales a las aldeas del pasado como en los filmes de Elia Kazan o en las novelas de Mario Puzo. Partían en estado de fracaso, para cerrar el círculo de la miseria: los abuelos se habían ido con las manos vacías; los nietos volvían también así, yermos.

Según el *Diccionario de Autoridades*, exiliarse significa saltar hacia fuera. Desde los orígenes de la nación, los argentinos están saltando hacia fuera, yéndose, lo cual significa que el adentro es inhóspito, hostil o, por lo menos, que hay en el adentro algo que repele. Una de sus pocas señales de identidad es precisamente esa incomodidad ante la patria, el perpetuo regresar y marcharse que les desordena la vida.

José de San Martín, por ejemplo, el héroe máximo de la argentinidad, permaneció en el suelo natal menos de un cuarto de la vida: dieciséis años sobre setenta y dos; u once años sobre setenta y dos si se descuentan los que consagró a la campaña libertadora en Chile y Perú. Cada vez que intentó volver, lo alejaron con uno u otro pretexto del puerto de Buenos Aires. "No baje usted de su nave", le escribían. "No gaste usted su tiempo en esta tierra de discordia". Hay cientos de ejemplos semejantes. Hacia 1951, Julio Cortázar sintió que lo expulsaba el peronismo y emigró a París, de donde jamás regresó. En 1955 fue Perón el que partió, expulsado por sus antiguos camaradas de armas. Veinte años después, José López Rega, el adivino delirante, dictaba órdenes cotidianas de expulsión a diputados, actores, periodistas y cantantes sospechosos de profesar el "judeo-marxismo". Jorge Luis Borges, que había sobrevivido a todos esos desaires de la suerte, se dejó vencer por un incomprensible movimiento del alma, y meses antes de morir también él partió. En incontables poemas y cartas había deslizado la misma letanía: "Me enterrarán en Buenos Aires, donde he nacido". Pero, cuando sintió en su cuerpo el aguijón de un cáncer irremediable, se fue a Ginebra sin despedirse de nadie.

La Argentina fue fundada por ficciones que se desentendían de la realidad o simplemente la desdeñaban. La más persistente de esas ficciones fue suponer que el país es una Atlántida desprendida de Europa, sin vínculos reales con América Latina. Los letrados que fundaron la nación a mediados del siglo XIX la imaginaban sin mulatos ni mestizos y, por supuesto, sin indios y negros. Los atroces índices de pobreza, que avanzaron al galope durante los gobiernos de Menem y Fernando de la Rúa y que alcanzan ahora a dos tercios de la población, hizo que el país recuperara la sensatez geográfica.

Alguna gente sigue creyendo, sin embargo, que la grandeza argentina es invencible. Hace apenas un mes, en la esquina de Tacuarí con la avenida de Mayo, a mitad de camino entre el palacio presidencial -la Casa Rosada- y el Congreso, un lector de mis artículos periodísticos me preguntó, con visible encono, por qué yo decía que muchos europeos y norteamericanos ni siquiera saben dónde está la Argentina. "Lo lamento", respondí, "pero ésa es la verdad". "Qué ignorantes", dijo. "El mundo tendría que aprender mucho de la Argentina".

Tal vez el mundo sepa muy poco de la Argentina, pero los argentinos, a su vez, todavía están indecisos sobre cuál es su lugar en el mundo. Hace poco, cuando regresé a Buenos Aires de un viaje por Colombia, Venezuela y Brasil, el chófer del taxi que tomé en el aeropuerto me preguntó: "¿Y qué tal? ¿Cómo andan las cosas por allá, por América Latina?". Pocas veces sentí como en ese momento que el país estaba en ninguna parte: ni en el continente al que pertenece por razones de geografía y de cultura, ni tampoco en la Europa a la que creía pertenecer por razones de destino. Difícil será contar historias de una realidad que sigue suspendida del aire.

LECTURA

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / 2

La ciudad junto al río de las desgracias

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS.

EL PAÍS | Opinión - 11-08-2003

Buenos Aires fue fundada dos veces a orillas de un inmenso río de aguas marrones, del color del desierto para Jorge Luis Borges e inmóviles para Eduardo Mallea. Quien llegó primero fue el granadino Pedro de Mendoza, en 1536. Al parecer, clavó la cruz y la espada en la barranca donde ahora se alza el parque Lezama, pero a los pocos días, desanimado por el hambre y la hostilidad del suelo, regresó a su nave mayor, agonizante de sífilis. El segundo fue el vizcaíno Juan de Garay, quien plantó un árbol de justicia el 11 de junio de 1580 en el centro de la actual plaza de Mayo, luego de haber desbrozado el áspero terreno, limpiándolo de pastizales y juncos.

Una extraña sucesión de calamidades atormentó a los fundadores. A Mendoza se le sublevó dos veces la tripulación; una de sus naves equivocó el rumbo y fue a dar al Caribe, sus soldados perecieron de hambre y se entregaron a la antropofagia, y casi todos los fuertes que dejó en su derrotero fueron extinguidos por repentinos incendios. También Garay afrontó motines de las guarniciones de tierra, pero el peor de los motines sucedió en su cabeza. Un año después de la fundación, se lanzó en busca de la ilusoria Ciudad de los Césares, a la que imaginaba en sueños como una isla de gigantes custodiada por dragones y grifos, en cuyo centro se alzaba un templo de oro y carbunco, que resplandecía aun en las tinieblas. Descendió más de cien leguas por la costa ventruda de Samborombón y el Atlántico Sur sin encontrar rastros de lo que había imaginado. Al regresar, ya no sabía orientarse en la realidad y, para recuperar la razón, necesitaba buscarla en los sueños. En marzo de 1583, mientras viajaba en un bergantín hacia Carcarañá, se detuvo, ya de noche, en un entramado de arroyos y canales sin aparente salida. Decidió acampar en tierra firme y quedarse a esperar la mañana con su tripulación de cincuenta españoles. Nunca la vio llegar. Una avanzada de guerreros querandíes lo atacó antes del amanecer y le desgarró el sueño a lanzazos.

A mediados del siglo XX, el esplendor de Buenos Aires cortaba el aliento. Parte de esa belleza todavía se conserva. Apenas el viajero alza la vista en las calles del centro, descubre palacios barrocos y cúpulas en forma de paraguas o melones, con miradores inútiles que sirven de ornamento. La ciudad sigue siendo majestuosa a partir de las segundas y terceras plantas, pero sus ruinas son visibles a la altura del suelo, como si las riquezas del pasado hubieran quedado suspendidas en lo alto y se negaran a bajar o a desaparecer.

El tango, que había declinado en las décadas de los setenta y ochenta, ha renacido entre los jóvenes. Hay milongas todos los días en el vasto galpón del Parakultural, o en La Catedral, La Viruta, El Beso o el Torquato Tasso. El ritual cambia al compás de los días. En algunos lugares se baila los miércoles de una a tres de la madrugada; en otros, los viernes de once a cuatro. La telaraña de los nombres añade confusión a la liturgia. Algunos aficionados se citan, por ejemplo, en el Parakultural, pero lo llaman Sociedad Helénica. Si alguien se aventura allí, descubre que ése es tan sólo el nombre del edificio, situado en una calle que para algunos era Canning y para otros Scalabrini Ortiz.

A veces se oyen tríos de aficionados en el túnel subterráneo que se abre como un delta bajo el obelisco de la plaza de la República, en el cruce de la avenida del Nueve de Julio con la calle Corrientes. El lugar es inadecuado, porque los sonidos se arrastran seis o siete metros y se apagan de súbito. A la entrada de uno de los túneles hay una hilera de butacas con apoyapiés para los escasos paseantes que se lustran los zapatos, y bancos minúsculos para quienes los sirven. Alrededor abundan los afiches de equipos de fútbol y conejitas de *Playboy*. Dos de los desvíos conducen a quioscos y baratillos de ropa militar, diarios y revistas usados, plantillas y cordones de zapatos, perfumes de fabricación casera, estampillas, bolsos y billeteras, reproducciones industriales del *Guernica* y de la Paloma de Picasso, paraguas, medias. Más allá, cerca de otras salidas, hay puestos de emparedados y salchichas verdosas, cerrajerías y hasta un correo.

Los turistas frecuentan el Museo Nacional de Bellas Artes, en el que están las grandes obras de Cándido López -el soldado que pintó con su mano izquierda las alucinantes escenas de la Guerra de la Triple Alianza, a fines del siglo XIX-, y las prostitutas y mendigos creados por Antonio Berni. O bien visitan el Centro Cultural Recoleta, que exhibe arte contemporáneo y experimental. O se detienen en los innumerables cafés de la avenida de Mayo y de la calle Corrientes, en los que nadie retira los pocillos hasta que el cliente no se pone de pie, a la inversa de lo que sucede en Nueva York o París. En pocos lugares se puede escribir novelas con tanta tenacidad como en éstos, donde nadie interrumpe, salvo los mendigos. Todo alrededor parece muy real, tal vez demasiado real, y cuando uno se sienta en ellos es difícil entender por qué los argentinos prefieren escribir historias fantásticas o inverosímiles sobre civilizaciones perdidas o clones humanos u hologramas en islas desiertas cuando la realidad está viva y uno la siente quemarse, y quemar, y lastimar la piel de la gente.

De los innumerables palacios que sobrevivieron al pasado, el que prefiero es el que se conoce como Palacio de Aguas, en la avenida de Córdoba entre Riobamba y Ayacucho, cuya construcción se completó en 1894. Su estructura barroca fue imaginada por arquitectos belgas, noruegos e ingleses. El diseño exterior es obra de Olaf Boye, un amigo de Ibsen que se reunía todas las tardes con él a jugar al ajedrez en el Gran Café de Cristianía.

A Boye le habían encomendado que revistiera los canales, tanques y sifones que debían abastecer de agua a Buenos Aires con mosaicos calcáreos, cariátides de hierro fundido, placas de mármol, coronas de terracota, puertas y ventanas labradas con pliegues esmaltados. La función del edificio era ocultar lo que había dentro -túneles de agua-, disimularlo, cubrirlo de volutas hasta que desapareciera, pero también la visión del afuera era tan inverosímil que los habitantes de la ciudad terminaron por pasar de largo ante el palacio sin recordar que sigue existiendo.

En el piso alto, sobre la calle de Riobamba, la empresa de Aguas tiene un pequeño museo que

exhibe algunos de los dibujos de Boye, así como los eyectores originales de cloro, las válvulas, tramos de cañerías, artefactos sanitarios de fines del siglo XIX y maquetas de los proyectos edilicios. Pero lo que importa ver son las galerías interiores, que superan las escenografías más delirantes de *Metrópolis*, la película de Fritz Lang. Gargantas de cerámica, dinteles, persianas diminutas, válvulas, todo el recinto da la impresión de ser el nido de un animal monstruoso.

Felicitas desaparece

Boye construyó cuatro tanques de reserva, y sólo el de la esquina suroeste quedó inconcluso y, por lo tanto, inútil. Después de estudiar los planos del palacio, el coronel Carlos Eugenio de Moori Koenig eligió ese recinto para ocultar la momia de Evita Perón en 1955, luego de quitársela al embalsamador Pedro Ara. Un impetuoso incendio en las casas vecinas se lo impidió cuando le faltaba poco para lograr su propósito. Cincuenta y seis años antes se había consumado allí también un crimen tan atroz que todavía se habla de él en Buenos Aires, donde abundan los crímenes sin castigo.

La desaparición de Felicitas Alcántara sucedió el último mediodía de 1899. Acababa de cumplir catorce años y su belleza era famosa desde antes de la adolescencia. Alta, de modales perezosos, tenía unos ojos tornasolados y atónitos que envenenaban al instante con un amor inevitable. La habían pedido muchas veces en matrimonio, pero sus padres consideraban que era digna sólo de un príncipe europeo. A fines del siglo XIX no llegaban príncipes a Buenos Aires. Faltaban aún veinticinco años para que aparecieran Umberto de Saboya, Eduardo de Windsor y el maharajá de Kapurtala. Los Alcántara vivían, por lo tanto, en una voluntaria reclusión. Su residencia borbónica, situada en San Isidro, a orillas del río de la Plata, estaba ornada, como el Palacio de Aguas, por cuatro torres revestidas de pizarra y carey. Eran tan ostentosas que en los días claros se las podía distinguir desde las costas del Uruguay.

El 31 de diciembre, poco después de la una de la tarde, Felicitas y sus cuatro hermanas menores se refrescaban en las aguas amarillas del río con unos vestidos tal vez demasiado ligeros, pero explicables por el calor atroz. Las institutrices de la familia las vigilaban en francés. Eran demasiadas y no conocían las costumbres del país. Para entretenerse, escribían cartas a sus familias o se contaban infortunios de amor mientras las niñas desaparecían de la vista, en los juncales de la playa. Desde los fogones de la casa llegaba el olor de los lechones y pavos que estaban asándose para la comida de medianoche. En el cielo sin nubes volaban los pájaros en ráfagas desordenadas, acometiéndose a picotazos. Una de las institutrices comentó como al pasar que, en el pueblo gascón de donde provenía, no había presagio peor que la furia de los pájaros.

A la una y media las niñas debían recogerse para dormir la siesta. Cuando las llamaron, Felicitas no apareció. Se avistaban algunos veleros en el horizonte y bandadas de mariposas sobre las aguas tías y calcinadas. Durante largo rato las institutrices buscaron en vano. No temían que se hubiera ahogado, porque era una nadadora resistente que conocía a la perfección las tretas del río. Pasaron botes con frutas y hortalizas que volvían de los mercados y, desde la orilla, las desesperadas mujeres les preguntaron a gritos si habían visto a una joven distraída internándose aguas adentro. Nadie les hizo caso. Todos estaban celebrando el año nuevo desde temprano y remaban borrachos. Así pasaron tres cuartos de hora.

El cuerpo de la adolescente fue descubierto una mañana de abril de 1901, cuando el sereno del Palacio de Aguas se presentó a limpiar la vivienda asignada para su familia en el ala suroeste del palacio. La niña estaba cubierta por una ligera túnica de hierbas del río y tenía la boca llena de guijarros redondos que, al caer al suelo, se convirtieron en polvo. Contra lo que habían especulado las autoridades, seguía tan inmaculada como el día en que vino al mundo. Sus ojos bellísimos estaban congelados en una expresión de asombro, y la única señal de maltrato era un oscuro surco alrededor del cuello dejado por la cuerda de guitarra que había servido para estrangularla. Junto al cadáver estaban los restos de la fogata que debió de encender el asesino y un pañuelo de hilo finísimo y color ya indefinido en el que aún se podían leer las iniciales RLF. La noticia alteró profundamente al jefe de la policía, porque aquellas iniciales eran las suyas y se daba por seguro que el pañuelo pertenecía al culpable.

Existir demasiado

Poco después del hallazgo del cuerpo de Felicitas, los Alcántara vendieron sus posesiones y se expatriaron a Francia. A fines de 1915, el presidente de la República en persona ordenó que las habitaciones malditas fueran clausuradas, lacradas y borradas de los inventarios municipales, por lo que en todos los planos del palacio posteriores a esa fecha aparece un vacío desparejo que sigue atribuyéndose a un defecto de construcción. En la Argentina existe la costumbre, ya secular, de suprimir de la historia todos los hechos que contradicen las ideas oficiales sobre la grandeza del país. No hay héroes impuros ni guerras perdidas. Los libros canónicos del siglo XIX se enorgullecen de que los negros hayan desaparecido de Buenos Aires, sin tomar en cuenta que, aun en los registros de 1840, una cuarta parte de la población se declaraba negra o mulata. Con intención similar, Borges escribió en 1972 que la gente se acordaba de Evita sólo porque los diarios cometían la estupidez de seguirla nombrando. Es comprensible entonces que, si bien la esquina suroeste del Palacio de Aguas se podía ver desde la calle, la gente dijera que ese lugar no existía.

Cada vez que veo las fotos de la niña Alcántara en los anuarios de hojas quebradizas que aún sobreviven en la Biblioteca Nacional pienso que ella y Evita convocaron las mismas resistencias, una por su belleza, la otra por su poder. En la niña, la belleza era intolerable porque le daba poder; en Evita, el poder era intolerable porque le daba conocimiento. La existencia de ambas fue tan excesiva que, como los hechos inconvenientes de la historia, se quedaron sin un lugar verdadero. Sólo en las novelas pudieron encontrar el lugar que les correspondía, como les ha sucedido siempre en la Argentina a las personas que tienen la arrogancia de existir demasiado.

LECTURA

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / 3

Fervores de Buenos Aires

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS.

EL PAÍS | Opinión - 12-08-2003

En la Argentina sólo se puede ser vegetariano después de haber conocido las perdiciones de la carne. No hay celebración familiar sin asado, y no hay asado en familia que dure menos de cinco horas: una para el encendido del fuego y la lenta formación de las brasas, otra hora para las entrañas y los embutidos del aperitivo, dos para el lomo, los costillares, el vacío, y una más para la sobremesa, en la que se ponderan las virtudes de la comida. El olor de la carne asada lo impregna todo: el trabajo de los albañiles, que desayunan carne al empezar la jornada; la rutina de las cosechas y las siembras, que se interrumpen con "el asado chico" a las diez de la mañana; el almuerzo de los oficinistas, que disipan el tedio de los mediodías con un sándwich de milanesa y tomate; la fatiga de las parejas que regresan del amor a la madrugada y se despiden en los bares insomnes con un bife de lomo y ensalada.

A pesar de las adversidades del país, la carne argentina sigue siendo la más tierna y la más apetecible del mundo. Aunque esas cualidades se atribuyen a la dulzura de los pastos con que se alimenta el ganado vacuno en la pampa húmeda, la calidad no es inferior en las faldas de la cordillera de los Andes ni en las selvas del norte, donde la capa de humus es menos fértil. Sólo los patagónicos prefieren el cordero, pero no por razones de sabor, sino de abundancia.

Desde los principios de la nación argentina, el consumo de carne estuvo al alcance de todas las clases sociales, aunque hace una década los más pobres sólo podían acceder a los cortes viles y, a fines de 2001, a ningún corte. El desempleo llegaba entonces a una tasa oficial de 21,5%, y medio millón de familias sobrevivía gracias a un bono mensual de 150 pesos, un tercio de la suma requerida para no pasar hambre.

Una escena de diciembre de 2002, en Buenos Aires, me demostró el valor sacramental de la carne en los tiempos más aciagos. Por esos días, entre el 20 y el 22, se desató una lluvia implacable, con ráfagas violentas e inundaciones inesperadas en las zonas bajas de la ciudad. Hacia las ocho de la tarde vi a dos niños, de entre ocho y diez años, clasificando la basura y apartando en unas carretas de aluminio los cartones que encontraban. Iban con su carga de un montículo de residuos a otro, en la calle de Venezuela, sobre la frontera entre San Telmo y Monserrat.

Los chicos afrontaban la tempestad protegidos por unos bolsones negros de plástico, los mismos que sirven para acumular los desperdicios de las casas de departamentos. Ambos

llevaban la carreta hacia una concentración de otros cartoneros, en una de las entradas de la calle de Venezuela, donde venderían su colecta diaria a diez centavos el kilo. En un recodo entre dos edificios, al amparo de un techo medio derruido, los chicos sacaron de sus bolsillos unas lonjas de carne asada y fueron comiéndolas lentamente, sin hablar, como si el alimento contuviera todas las palabras.

No hay mejor carne en Buenos Aires que la de un restaurante de la calle de Estados Unidos, en San Telmo, donde los mozos -que en la Argentina se enorgullecen de su memoria legendaria, capaz de identificar lo que ha pedido cada uno de treinta comensales sin necesidad de tomar nota- cortan los bifés con el canto de las cucharas. Al frente hay un mercado centenario, en cuyos zaguanes de entrada están apostadas hileras de bolivianas, con sus atavíos coloridos, vendiendo bolsas de especias misteriosas que tienden sobre un paño. Dentro, en el dédalo de galerías, se codean los quioscos de juguetes y los escaparates de botones y puntillas como en un zoco árabe. El núcleo de la manzana está repleto de medias reses que cuelgan de sus ganchos junto a parvas de riñones, tripas y morcillas. Dentro de los puestos del mercado, algunas chiquillas afanosas despluman pollos aún calientes y lustran las hojas de las lechugas.

Los que van a morir

Casi todas las reses que se consumen en Buenos Aires provienen de otro mercado, el de hacienda, situado en un predio de cuarenta hectáreas al noroeste de la ciudad, en un arrabal bautizado con el demostrativo nombre de Mataderos. El punto de entrada es una plazoleta cercada por tres recovas conventuales, detrás de las cuales se abre una red de corredores elevados. En ellos, como desde un balcón, los compradores estudian la calidad de las reses que esperan en los corrales el turno de los remates. Desde el amanecer van y vienen por esos pasillos hombres de ojos avezados que discuten precios, escriben jeroglíficos en sus agendas electrónicas e intercambian señas con sus socios, sin confundirse ni perder el paso. De a ratos se oyen sonar las campanas catedralicias que llaman a remate, mientras los arrieros mueven las reses de un corral a otro.

Los mataderos estaban situados allí mismo, cien metros hacia el oeste. Hace treinta años fueron desplazados lejos de los límites de la ciudad, y lo que antes se hacía en un solo lugar ahora se hace en veinte o treinta. La cruel ceremonia de la matanza todavía se ve en las películas argentinas, sobre todo desde que fue descrita por completo en el documental *La hora de los hornos*, que Fernando Solanas hizo en 1968. Nada ha cambiado desde entonces, salvo las escalas: donde antes subían por una rampa hacia la muerte siete mil vacas y terneros de trescientos a quinientos kilos, ahora suben menos, pero en más sitios.

Antes de llegar a la rampa, los animales de sacrificio vadean una laguna en la que se bañan a medias, y avanzan entre chorros de mangueras que completan la limpieza. En lo alto de la rampa, una compuerta se cierra a sus espaldas y los separa en grupos de tres o cuatro. Entonces, un martillazo brutal cae sobre la cerviz de cada uno, descerrajado por un hombre con el torso desnudo. Rara vez falla el golpe. Los animales se desploman y casi al instante son lanzados desde una altura de dos metros sobre piso de cemento. Que ninguno de ellos sienta la inminencia de la muerte es esencial para la delicadeza de la carne. Cuando una vaca adivina el peligro, el terror la endurece y sus músculos se impregnan de un sabor agrio.

A medida que las reses caen de la rampa, seis o siete maneadores van ciñendo las patas con

una soga de acero y encajándolas en un gancho, mientras un contrapeso las levanta en vilo, cabeza abajo. Los movimientos deben ser veloces y precisos: los animales están vivos todavía y, si despiertan del desmayo, ofrecen una resistencia de locura. Una vez colgados, avanzan sobre una cinta sin fin, a razón de doscientos por hora. Los degolladores los esperan ante la noria, con los cuchillos enhiestos: una puntada certera en la yugular, y eso es todo. La sangre salta a chorros hacia un canal donde va coagulándose para ser aprovechada hasta la última gota. Lo que sigue no es menos atroz. Las reses son despellejadas, abiertas en canal, despojadas de sus vísceras y entregadas, ya sin cabeza ni patas, a los cuarteros, que las dividen por la mitad o en trozos, entre los vapores de la carne aún caliente.

Así sucedía también en 1841, cuando Esteban Echeverría escribió *El matadero*, el primer cuento argentino, en el que la crueldad con el ganado era la réplica de la bárbara crueldad que el país ejercía con los hombres.

Cementerios y amanecer

El tema de la muerte persiste en casi todos los grandes relatos y poemas argentinos. En *Cuaderno San Martín*, un libro de 1929, Jorge Luis Borges dedicó una sección a los dos grandes cementerios de Buenos Aires, que son, ellos también, ciudades interminables. El de la Recoleta cobija a próceres y vástagos de familias ilustres, con la extraña excepción de Evita Perón, que lanzó imprecaciones contra los privilegiados durante su corta vida y que, a pesar de su origen ilegítimo, fue cobijada allí en un mausoleo cercano a los de personas que la odiaban. Alrededor del cementerio, la vida deshace el tejido de la muerte: algunos de los restaurantes, bares, cines y librerías más visitados y lujosos de la ciudad están al otro lado de los muros erizados de cruces. Y, desde los hoteles por horas de la calle de Azcuénaga, los amantes furtivos pueden soltar las luces de su sexo contemplando el mar de tumbas que se extiende a sus pies.

El cementerio de la Chacarita, que dista siete kilómetros y supera veinte veces en tamaño al de la Recoleta, tiene mausoleos parecidos, con portales de vidrio que permiten observar el altar interior y los ataúdes cubiertos con mantillas de encaje. Algunos monumentos están allí adornados por estatuas de niños a los que alcanza un rayo, por marinos que divisan con un catalejo el imaginario horizonte y por matronas que ascienden al cielo llevando sus gatos en brazos. La mayoría de las tumbas, sin embargo, consta de una lápida y una cruz. Al entrar en una de las avenidas centrales del cementerio, asoma una estatua de Aníbal Troilo tocando el bandoneón con ademán pensativo. Más allá, los colores crudos de Benito Quinquela Martín adornan las columnas que flanquean su sepulcro, y hasta el propio ataúd del pintor luce arabescos chillones. Hay águilas de bronce que vuelan sobre un bajorrelieve de la cordillera de los Andes, y un océano de granito en el que se interna la poetisa Alfonsina Storni, mientras a su lado se estrellan los automóviles funerarios de los hermanos Juan y Alfredo Gálvez, rivales de Juan Manuel Fangio en los años cuarenta.

Quien se aleje de la Chacarita hacia el norte, por la avenida de Elcano, desembocará en las plácidas calles del barrio de Belgrano, sombreadas por árboles viejos, jacarandás y plátanos que protegen mansiones neoclásicas y coloniales. Al franquear las vías del ferrocarril, Elcano desemboca limpiamente en la calle de José Hernández, donde el autor de *Martín Fierro* vivió sus últimos años felices, a pesar del creciente desdén de los críticos por ese libro que en 1916, sin embargo, sería exaltado por Lugones como el "gran poema épico nacional". Hernández era un hombre de físico imponente y vozarrón tan poderoso que en la Cámara de Diputados se le llamaba "Matraca". En los banquetes de Gargantúa que brindaba en su quinta de

Belgrano, a la que se llegaba desde el centro tras varias horas de cabalgata, los comensales de Hernández admiraban tanto su apetito como su erudición, que le permitía citar los textos completos de leyes romanas, inglesas y jacobinas de las que nadie había oído hablar. Una miocarditis lo postró en la cama durante cinco meses, hasta que murió una mañana de octubre de 1886, rodeado por una familia que sumaba más de cien parientes en primer grado, todos los cuales pudieron oír sus últimas palabras: "Buenos Aires... Buenos Aires...".

La ciudad fue erigida en el confín de una llanura sin matices, entre pajonales inservibles tanto para la alimentación como para la cestería, a orillas de un río cuya única gracia es su anchura descomunal. Aunque Borges trató de atribuirle un pasado, el que ahora tiene es también liso, sin otros hechos heroicos que los improvisados por sus poetas y pintores, y, cada vez que uno toma en las manos cualquier fragmento de pasado, lo ve disolverse en un monótono presente. Siempre fue una ciudad en la que abundaban los pobres y se debía caminar a saltos para esquivar las cagadas de perros. Su única belleza es la que le atribuye la imaginación humana. No está rodeada por el mar y las colinas como Hong Kong y Nagasaki, ni la atraviesa una corriente por la que han navegado siglos de civilización como Londres, París, Florencia, Budapest, Ginebra, Praga y Viena. Ningún viajero llega a Buenos Aires porque está de paso en el camino hacia otra parte. Más allá de la ciudad no hay otra parte: a los espacios de nada que se abren al sur ya los llamaban, en los mapas del siglo XVI, Tierra del Mar Incógnito, Tierra del Círculo y Tierra de los Gigantes, que eran los nombres alegóricos de la inexistencia.

Sin embargo, la naturaleza depara a veces, en el centro mismo de la ciudad, visiones inalcanzables en otras partes, como el amanecer contemplado desde el balcón más alto del hotel Plaza Francia. Cuando el globo del sol, inmenso como el cielo, se alza sobre la avenida del Libertador y sus lenguas de oro lamen los parques y las suntuosas embajadas, uno se siente tocado por la revelación de que no puede existir lugar de belleza tan suprema como la del Buenos Aires de ese instante. Debajo, el tránsito es caudaloso. Cientos de automóviles se mueven a paso lento por la avenida, mientras la luz, antes de caer desangrada entre las hojas de los árboles, embiste el bronce de los monumentos y quema la cresta de las torres.

Sólo una ciudad que ha renegado tanto de la belleza puede tener, aun en la adversidad, una belleza tan sobrecogedora.

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / 4

La llanura y el pasado

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS.

EL PAÍS | Opinión - 13-08-2003

Ahora no hay casi trenes en la Argentina, pero en la adolescencia, cuando yo viajaba desde San Miguel de Tucumán -mi ciudad natal- a Buenos Aires, cruzando las llanuras vacías de Santiago del Estero, pude abarcar y entender el país con una precisión y plenitud que las travesías en automóvil me negaron años más tarde.

En los desiertos argentinos de fines del siglo XIX, a la orilla del polvo, los pueblos crecían al paso del tren como súbitos oasis. A veces los alcanzaba el viento de la prosperidad y los caseríos se iban abriendo en abanico a los dos lados de la vía. Al caer la tarde, las muchachas caminaban por los andenes en busca de novios, y los forasteros se quedaban en los hoteles de las estaciones para concertar sus negocios. En el tren llegaban los periódicos, las telas de última moda, los abalorios de un mundo que sólo aparecía en el teatro y después en el cine. El tren era la aventura, la última sombra del conocimiento, la certeza de que el mundo estaba moviéndose al otro lado del horizonte.

En un rincón de las sierras de Córdoba tuve la imagen cabal de lo que ha llegado a ser la Argentina sin trenes. A la entrada de San Esteban, un pueblo de casas con galerías celestes y calles con nombres de poetas, la estación abandonada languidecía entre las malezas. Vi la herrumbre sobre las filigranas de la boletería, el musgo sobre los bancos de la sala de espera, los hilos de humedad cayendo sobre el andén vacío. Los cinco mil habitantes de hace una década se han reducido a ochocientos. Sólo quedan mujeres uncidas a un telar que les da de comer a duras penas y unos pocos chicos que, al salir de la escuela, se sientan en las veredas a ver cómo pasa el sol.

La primera vez que viajé en tren fue al final de la infancia, desde Tucumán a Santa Fe. Cada vez que el tren se detenía en una estación, aun en medio de la noche, y el guarda anunciaba el nombre del lugar entre tañidos de campana y fogonazos de queroseno, los viajeros nos asomábamos a las ventanillas para desentrañar la vida que respiraba en la oscuridad, más allá de los grandes troncos tumbados junto a la vía y de los tanques de agua que alimentaban la caldera. Los nombres de las aldeas nos hacían imaginar historias de cabalgatas, partos a medianoche, lechuzas agoreras, crímenes en los cementerios. Después, a bordo del *Estrella del Norte* o del *Tucumano*, en los vagones *pullman* o en las literas de los camarotes, aprendí todo lo que sé sobre reumatismos, piedras en la vesícula, loros, langostas, campesinos que abandonan a la familia sin una palabra de advertencia ni de queja, embarazos a los doce

años, llantos por amores que no regresan.

Los trenes son como los paisajes de las novelas. Hace dos meses, cuando pasé por la estación de Rosario Norte y advertí que todo seguía igual a lo que era hace treinta años, tuve la tentación de bajar del automóvil donde me llevaban para saber si el pasado estaba en el mismo sitio donde lo dejé: el hotel de paso con los pasajeros que llevaban, agitados, sus valijas de cuero; el restaurante de enfrente con sus barriles de cerveza fresca; las muchachas que asomaban la cabeza tras las cortinas de las casas para observar la cara de los viajeros, siempre con un gato en los brazos. No lo hice, porque tuve miedo de que me acometiera la misma desilusión de muerte que sentí en Can Caralleu, el arrabal de Barcelona que está en los altos de Sarriá, donde regresé a buscar los amigos gitanos que había dejado veinticinco años antes y me dijeron que todos habían muerto, o se habían marchado.

Las dos ciudades mayores

El pasado colonial argentino aún sobrevive en las dos o tres manzanas contiguas a la plaza mayor de la ciudad de Córdoba, donde casi todas las iglesias tienen tres siglos. Hay pocos sitios tan vitales en la Argentina, con sus cafés donde los estudiantes libran tempestuosas batallas intelectuales, sus teatros neoclásicos y la cañada que la divide en dos. A las sierras cercanas se mudaron pintores y novelistas, y cerca de una aldea llamada La Falda, Manuel de Falla compuso *El amor brujo*, con unas manos que el anatomista español Pedro Ara embalsamó en ademán de tocar las teclas de la eternidad.

La atmósfera seca y pura del valle de Punilla -donde están La Falda, Cosquín, La Cumbre-, que atrajo a tantos enfermos a comienzos del siglo XX, fue escenario de todas las novelas rioplatenses con personajes tuberculosos, desde el anónimo y seductor enfermo de *Los adioses*, de Juan Carlos Onetti, hasta el irresistible Juan Carlos Etchepare de *Boquitas pintadas*, la segunda obra de Manuel Puig.

Trescientos kilómetros al sureste, Rosario tiene una mitología aún más misteriosa que la de Córdoba. Como ciudad portuaria, es menos conservadora, más pasional. Cien años atrás, la dominaba una madama de burdel, Madame Safó, en cuya casa -que aún está en pie- pueden admirarse frescos eróticos de pintores desconocidos en todas las habitaciones, veladas por una luz que sigue siendo rosa, y cama con arcángeles y querubines dotados de sexo. Hacia la segunda mitad del siglo XX, Rosario fue sometida por una pasión menos inocente, la del fútbol, y por las bandadas de escritores y humoristas que se reunían en El Cairo, un café ahora difunto.

El erotismo se alza sobre la ciudad con tanta fuerza como la implacable humedad del río: se lo advierte, reprimido, en los transeúntes que van y vienen por las calles del centro, vedadas a los automóviles, y en las estatuas enloquecidas que rodean el monumento a la bandera, esculpidas por una tucumana escandalosa que se llamó Lola Mora.

Las enfermedades de la patria y las del sexo atraviesan la historia de las llanuras centrales. Hay una que tiene el aliento de una tragedia griega y que vale la pena recuperar.

A comienzos del siglo XX, casi todos los burdeles de Córdoba y Rosario dependían de una sociedad de rufianes judíos conocida como la Zwi Migdal. Sus enviados viajaban por las aldeas miserables de Polonia, Besarabia y Ucrania en busca de muchachas también judías a las

que iban seduciendo con falsas promesas de matrimonio. Después de una iniciación salvaje, las víctimas eran confinadas en prostíbulos donde trabajaban catorce a dieciséis horas por día, hasta que sus cuerpos se volvían escombros.

Violeta Miller fue una de esas mujeres. La misma noche en que llegó a Rosario, fue rematada con un lote de otras seis chiquillas. Durante cinco años sació a estibadores y oficinistas que le hablaban en lenguas ininteligibles. En ese lapso logró ahorrar, centavo a centavo, el dinero de las propinas, y pudo, mediante un ardid, comprarse a sí misma por un tercio de lo que había pagado el rufián que la explotaba.

Viajó en trenes de carga hacia el noroeste de la Argentina. Se quedaba pocos meses en algún pueblo tedioso, trabajando como criada o dependiente de almacén y, cuando temía que le descubrieran el rastro, huía hacia otro pueblo. En la travesía aprendió el alfabeto y el catecismo de la religión católica. Al final del tercer invierno desembarcó en Catamarca. Allí se sintió a salvo y decidió quedarse.

Una dama de respeto

Al cumplir setenta años, decidió morir como una dama de respeto en la ciudad donde sólo había sido una puta desdichada. En uno de sus raros viajes a Rosario, compró un terreno en el barrio de Fisherton y encomendó a un renombrado estudio de arquitectos que construyera allí una casa idéntica a las que había envidiado en el Lodz de su adolescencia, con un comedor para catorce invitados y un dormitorio con vestuarios de pared a pared.

La soledad, sin embargo, la desvelaba. Dos mujeres se turnaban para limpiar la casa, pero las dos le robaron cortes de seda y trataron de violar la caja donde guardaba las joyas. En 1975 se oían tiroteos casi todas las noches, y la televisión hablaba de ataques guerrilleros a los cuarteles. Sintió alivio cuando supo que los militares se habían hecho cargo del gobierno y que estaban capturando, apresando y fusilando a todos los que se les oponían. Poco duró su calma. A fines del otoño de 1978 sufrió dos caídas al salir del baño y la acometieron unos invencibles ataques de asma. El médico le exigió que depusiera sus desconfianzas y contratara a una enfermera.

Entrevistó a quince postulantes que le desagradaron. La última, que llegó cuando ya perdía las esperanzas, superó en cambio su imaginación: era diligente, callada, y parecía ansiosa por servir. Llevaba cartas de presentación imbatibles, escritas por un capitán que expresaba su "gratitud y admiración por la portadora, quien cuidó con devoción de mi madre durante cuatro años, hasta su fallecimiento", y por un coronel que le debía la recuperación de su esposa.

Margarita Langman tenía además la ventaja de su fe: era judía y observaba el sábado con piedad. Pasaba horas en la cocina leyendo o en su cuarto. Parecía inmune al tedio. Por la televisión y por la radio transmitían sin cesar advertencias del Gobierno que justificaban las aprensiones de Margarita por lo que pasaba en la calle y acentuaban la desconfianza de la anciana por los infiltrados y los desconocidos: "¿Sabe dónde está su hijo a esta hora y qué está haciendo? ¿Conoce bien a la persona que está llamando a su puerta? ¿Está seguro de que a su mesa no está sentándose un enemigo de la patria?".

Una mañana, cuando la enfermera salió al mercado para las compras quincenales, Violeta

decidió espiar su cuarto. Investigar con disimulo el bolso de las otras putitas de la Migdal le había permitido salvarse a tiempo de robos y calumnias. Vio una valija en lo alto del ropero, lejos de su alcance, y con ayuda de una escalera y unas ganzúas pudo abrirla. Descubrió hojas en blanco, con escudos militares y membretes del general tal o del teniente coronel cual. También había cédulas y pasaportes con la foto de Margarita, teñida y con otras identidades: Catalina Godel, Sara Bruski, Alicia Malamud. Sin vacilar, llamó por teléfono al comando del Segundo Cuerpo del Ejército y la delató. "¿Langman? Es un elemento muy peligroso", le dijeron al otro lado de la línea. "Ahora mismo vamos para Fisherton. Si llega antes que nosotros, reténgala, distraígala. Más vale que no se le escape, ¿eh? Más vale que no se le escape".

Las dos mujeres tenían biografías afines. Tanto Margarita como Violeta habían sido judías sometidas a servidumbre, y cada una de ellas, a su manera, había burlado a los amos: una, comprándose a sí misma; la otra, fugándose del campo de concentración de La Perla, donde la habían recluido. Si hubieran confiado más la una en la otra, contándose quiénes eran y todo lo que habían sufrido, tal vez nada les habría pasado. Pero ambas estaban educadas en el disimulo y el recelo, y así, separadas, Violeta fue vencida por el temor y la mezquindad y sólo Margarita pudo defender su dignidad hasta el fin.

La tarde en que iba a morir, la enfermera regresó del mercado casi al mismo tiempo que Violeta terminaba de hablar con los verdugos. Al colgar el teléfono y volverse hacia ella, sus miradas se cruzaron y Margarita fue tocada por un relámpago de comprensión. Todo sucedió en un soplo. La enfermera pasó junto a Violeta como si ya no existiera y alcanzó la puerta de calle. Corrió por las calles empedradas, se refugió en el porche de una casa y allí le dieron caza los verdugos.

Violeta Miller fue retenida durante dos semanas en los cuarteles del Segundo Cuerpo de Ejército. En los interrogatorios desenterraron su pasado. Cada sesión de preguntas duraba dos a tres horas, pero ella no tenía ya conciencia del tiempo. Sólo le pesaban los recuerdos, que aparecían sin que los quisiera. Dormía en una celda de dos metros por dos, húmeda y sin ventanas, sobre una cama de cemento. Contrajo una hepatitis viral, se le agravó la antigua osteoporosis y, cuando la pusieron en la calle, a comienzos de 1979, apenas podía moverse. Tuvo que resignarse a contratar enfermeras que la trataban con el rigor de las madamas del burdel. Nada la abatió tanto, sin embargo, como los desórdenes que encontró al volver a Fisherton. Su casa había sido despojada de casi todo: la mesa del comedor para catorce invitados, las sábanas de encaje, el televisor. Hasta la caja fuerte donde guardaba las joyas había sido arrancada de cuajo. Los únicos objetos intactos eran una novela de Cortázar que Margarita había dejado a medio leer y el costurero vacío, en la cocina. El techo estaba perforado en dos puntos centrales de la biblioteca, y el agua de muchas lluvias caía sin clemencia sobre los libros en piltrafas.

LECTURA

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / 5

Donde nada es lo que parece

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS

EL PAÍS | Opinión - 14-08-2003

En el ombligo del país desierto está la ciudad de Tucumán, donde los argentinos declararon en 1816 su independencia del poder español. Hace poco más de un siglo, algunas refinadas familias francesas se afincaron allí, se aliaron con la aristocracia provincial y erigieron un imperio de azúcar. A la vera de los ingenios brotaron mansiones que copiaban la geometría de Versalles, con techos de pizarra en pronunciado declive, para facilitar la caída de la nieve.

Las mansiones eran sofocantes y no servían para vivir, porque la temperatura media de Tucumán, de septiembre a marzo, es de 35 grados y jamás ha nevado, salvo en los cerros lejanos. Los sábados por la noche las grandes familias daban allí sus fiestas, pero durante la semana sólo los sirvientes iban y venían por los cuartos inútiles, donde los muebles dormían bajo pesados lienzos. En torno de los palacios, los cortadores de la caña de azúcar se morían de hambre. Llegaban a Tucumán en carros desvencijados, desde aldeas prehistóricas que agonizaban en las selvas de Paraguay y de Bolivia, y luego de limpiar la maleza de las varas de caña regresaban a sus muladares, con algunos pesos de más y algunos hijos de menos. Por desdén o por compasión se les llamaba "los golondrinas".

En 1966, la artificial riqueza de los ingenios se volvió astillas. Juan Carlos Onganía, el dictador militar de la época, ordenó a casi todos que cerraran sus puertas. Los "golondrinas" llegaron, como siempre, pero la caña se pudría en los campos y los caminos estaban silenciosos y vacíos como en el primer día del mundo.

Cierta mañana, en agosto, la temperatura subió a 47 grados, y al sur de la ciudad cayó una lluvia de pájaros insolados. Los "golondrinas", que habían atravesado más de cien leguas para tropezar con aquel desierto sin trabajo, condujeron sus carros hasta la plaza principal de Tucumán, faenaron las mulas de tiro y encendieron fogatas para asarlas. En torno de la plaza se alzaban las mansiones urbanas de las grandes familias. Incómodas tanto por el humo de las fogatas como por la exhibición de miseria de los forasteros, las matronas de la aristocracia suplicaron al gobernador militar que pusiera orden. Una brigada especial de la policía y veinte carros de bomberos limpiaron la plaza con frenéticos chorros de agua y mandobles a la cabeza. Quedó un tendal de "golondrinas" heridos; dos chiquillos que aún no caminaban murieron pisoteados. El jefe de la brigada especial era un comisario apodado El Malevo.

Los lujos de antaño se han esfumado hace tiempo de Tucumán. Los jardines laberínticos y las

mansiones versallescas sucumbieron a la humedad y a las ebulliciones tropicales de la naturaleza. El último de los palacios fue comprado por una madama de burdel, que administra a medio centenar de pupilas indias, todas teñidas de rubio. En las incontables habitaciones montan guardia siempre un par de perros embalsamados. La madama, que ha criado centenares, todos de razas impuras, dice que su mayor placer es oírlos ladrar al unísono cuando se va a dormir, en la madrugada. En todos los parajes del norte argentino hay dos o tres perros por habitante. Algunos, rechonchos y sin sombra de pelo, se usan para calentar los pies de las señoras en el invierno.

Una extraordinaria película argentina de 2001, *La ciénaga*, dirigida por Lucrecia Martel, resume esa atmósfera decaída mejor que todas las palabras: a orillas de una piscina vacía, una familia de clase alta, sin dinero y sin nada que hacer, discute interminablemente sobre sus vidas inútiles, mientras los perros les corretean entre las piernas y ladran, ladran enloquecidos.

La madama de burdel se ufana de conocer mejor que nadie los secretos de la provincia. "Yo desde aquí arreglo matrimonios, quito y pongo diputados, consigo préstamos de los bancos y decido el nombre de los recién nacidos. La gente confía en mí, porque mi discreción es legendaria", dice, acariciando los brazos de un trono estilo Luis XV que sobrevivió a los tiempos dorados. "Este sillón ha sido siempre un confesionario".

Policías rebeldes

El Malevo se deja caer todas las noches por el burdel. Echa unos párrafos con la dueña, recibe las caricias oxigenadas de las pupilas y se pierde en la oscuridad. Con el tiempo se ha convertido en el personaje más popular de Tucumán después del general Antonio Domingo Bussi, el ex dictador y torturador cuyos crímenes fueron recompensados inexplicablemente con su elección como gobernador de la provincia hace ocho años y ahora, otra vez, como intendente de San Miguel, la capital. El Malevo lo obedece sin el menor traspie de la conciencia.

A comienzos de 1990, la policía de Tucumán se sublevó en demanda de mejores sueldos y en apoyo de veinte agentes que habían sido excluidos por corrupción. Los rebeldes capturaron un arsenal y se parapetaron en la Brigada de Investigaciones. Tropas del ejército y gendarmes de élite, enviados desde Buenos Aires, los sitiaron y les bloquearon la entrada de víveres. El Malevo llamó por teléfono al gobernador de entonces -un agrónomo casi octogenario- y le dijo: "Si usted me autoriza, voy a entrar en la Brigada y a convencer a los muchachos de que se rindan". El gobernador se declaró conmovido por esa ostentación de coraje.

La rebelión llevaba casi setenta horas cuando El Malevo fue a disiparla. Los amotinados no disponían de luz eléctrica ni de agua. Era el amanecer. Como siempre, el aire estaba calcinado. Afuera, en la penumbra, cientos de periodistas aguardaban, con sus micrófonos en ristre. No bien El Malevo entró en la fortaleza, partió desde las ventanas una ráfaga de trompetas y un redoble de bombos. Casi enseguida, El Malevo se dirigió a los sitiadores con un megáfono: "¡Retírense de aquí! He decidido sumarme a la rebelión. Ahora soy el jefe. ¡Victoria o muerte!".

Esa arenga decidió la suerte de la batalla. Los quinientos soldados de Buenos Aires, que descontaban ya la rendición de los sediciosos, fueron obligados a retirarse. El Malevo salió de

su guarida, desfiló por la ciudad bajo una lluvia de flores y anunció en una conferencia de prensa que el Gobierno había cedido a todas sus peticiones.

Quien inclinó la suerte en su favor fue -así dicen- el entonces presidente Carlos Menem, ahora retirado y en desgracia. "Más vale equivocarse a favor de un caudillo amado por el pueblo que a favor de leyes vetustas en las que el pueblo ya no confía", sentenció Menem.

El oro y las escorias

Tucumán nunca parece lo que es. Aunque la ciudad capital es chata, desangelada, con edificios que fueron presuntuosos a comienzos del siglo veinte y que el paso de los años afea con crueldad, no bien el viajero se aleja hacia las montañas del oeste el paisaje va creciendo en belleza. En el abra del Aconquija, donde se dibuja una hondonada henchida de luciérnagas y, a lo lejos, picos de nieve incandescente, la luz parece una rosa de oro, como la que Dante describió en su *Commedia*. Y más allá, a la entrada de los valles Calchaquíes, donde la tierra es púrpura y las rocas adoptan formas de minaretes, escorpiones y pulgares de gigante, el color de las montañas es inverosímil, porque vira del azul al amarillo, o del naranja al granito, sin que la luz se haya movido de su quicio.

La desidia de los seres humanos ha permitido que, por fortuna, la naturaleza siga tal como era en el principio de los tiempos. En 1838, el letrado Marco Manuel de Avellaneda se quejaba, en una carta a Juan Bautista Alberdi, de la pereza provincial. "Aquí no tengo nada que hacer", decía. "Los sentimientos de la gente son profundos, todo es profundo, excepto el odio". Tres años después, Avellaneda era degollado con una lentitud que sólo el odio extremo podría explicar. Sacaron lonjas de su espalda para trenzar maneas y expusieron su cabeza en una pica, frente a la casa del gobernador.

En 1991, cuando Bussi se presentó como candidato a gobernador, su victoria parecía irremediable. En una esquina de la plaza Independencia, sujetando con una mano su irrisoria corbata de moño y aferrando con la otra un megáfono a pilas, el diputado nacional Exequiel Ávila Gallo profetizaba, rengueando, que la maldición de Dios caería sobre la provincia si Bussi volvía a gobernarla. "¡Yo soy el doctor Frankenstein!", se enardecía el diputado. "¡Yo inventé al monstruo! Yo conozco sus bajezas mejor que nadie".

En 1987, Ávila Gallo ofreció a Bussi la gobernación de Tucumán en nombre del partido provincial Bandera Blanca, que había cosechado entre quinientas y seiscientas boletas en las últimas elecciones. A última hora, el general atendió sus ruegos y logró, por el mero magnetismo de su nombre, que el caudal de Bandera Blanca subiera a casi cien mil votos. Los jubilados y las clases medias empobrecidas veían en el general torturador a un hombre de carácter, a quien le bastarían pocos meses para poner orden en la yerma economía de la provincia. Se le atribuían trescientos ochenta y nueve crímenes y el control directo de por lo menos diez campos de concentración durante los primeros veinte meses de la dictadura. Pero el general ya había respondido a esos cargos explicando que "no hay guerra sin alguna que otra víctima inocente". Se le descubrieron, poco después, cientos de miles de dólares depositados en una cuenta suiza. "Son ahorros", explicó, "y herencias de familia".

A la mayoría de los industriales desvalijados durante la dictadura también les complacía que el general volviera. Compartían con él las divisas de la paz, el orden, la decencia. Y sobre todo, sentían que su temperamento vigoroso los protegería del encumbramiento de la

chusma, encarnada por el cantante Palito Ortega.

Ya pocos recuerdan lo que sucedió en Tucumán durante aquellas semanas de julio de 1991 veladas por la resignación y la incertidumbre. En vísperas de las elecciones, el triunfo de Bussi era seguro: las encuestas le adjudicaban el sesenta por ciento de los votos, veintidós puntos más que Ortega. Los partidarios del cantor echaron mano a todos los recursos del populismo: invocaron su infancia pobre de lustrador de zapatos y voceador de periódicos, su matrimonio fiel y feliz, sus éxitos como empresario en Miami. Nada de eso sirvió.

Quien cambió el rumbo de los vientos electorales fue el entonces presidente Menem, cuando decidió trasladar los restos del autor de la Constitución Nacional, Juan Bautista Alberdi, desde la Recoleta hasta la plaza Independencia, resucitando así la pasión federalista de los tucumanos. Para los provincianos, la biografía de Alberdi sintetiza sus propias desgracias. El olvido, el ostracismo, la miseria, la desolación que padeció Alberdi en sus años finales, abandonado por los gobernantes de la orgullosa Buenos Aires, es como el propio destino de Tucumán: una historia de intrusiones y desgarramientos.

Hay una foto célebre de Menem, junto a un asombrado Palito Ortega, exponiendo el ataúd de Alberdi a la veneración de la muchedumbre sobre el balcón principal de la Casa de Gobierno. Fue entonces -acaban de contarme- cuando los jubilados y los campesinos tucumanos cayeron en la cuenta de que Bussi era nativo de Entre Ríos y que debía de pensar como los hombres de la pampa húmeda: con el corazón en el puerto y la boca abierta hacia el interior.

Al mismo tiempo que sucedía la escena de los despojos de Alberdi, en Aguilares, Concepción y Monteros -las tres ciudades mayores, después de la capital- se exhibía una película llamada *La redada*, que refiere las desventuras de un centenar de mendigos a los que Bussi recogió de los asilos de Tucumán, hizo subir a un ómnibus y los soltó en los desiertos de Catamarca, una noche invernal de 1977, para que se los comieran los pumas o los derribara el hambre. Algunos de esos mendigos eran los andrajosos bufones de una sociedad en ruinas. Que Bussi los expulsara hacia la muerte fue como si hubiera incendiado el paisaje. Ningún tucumano podría haber hecho eso.

Fue entonces, una semana antes de las elecciones, cuando los peones azucareros que iban a votar por el ex dictador advirtieron que Palito era como ellos: un "cabecita negra" nacido entre las malojas de Lules, con los pies en el barro. Al unísono repitieron que un tucumano sin experiencia de gobierno era preferible a un forastero probado. Y dieron vuelta a la historia.

Tucumán nunca es lo que parece. Tanto Bussi como su Frankenstein, el diputado Exequiel Ávila Gallo, fueron repudiados hace doce años, pero regresaron con bríos en 1995 y hace pocas semanas, como si nada. El ex diputado acaba de dirigir una campaña feroz contra José Alperovich, candidato judío a la gobernación -quien finalmente venció el 29 de junio-, con el trasnochado argumento de que "quien no es católico no es argentino". Y el ex dictador Bussi fue elegido intendente de la capital de la provincia por un margen de diecisiete votos. Diecisiete, tal como se lee.

Contra lo que decía Marco Manuel de Avellaneda, en Tucumán todos los sentimientos son profundos, pero ninguno es tan profundo como el odio.

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / 6

Todo es posible en la Patagonia

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS

EL PAÍS | Opinión - 15-08-2003

Cualquier camino que se tome para llegar a la Patagonia está cruzado por tempestades de polvo y piedras rodantes, mientras el viento sopla y sopla a sesenta kilómetros por hora, incesante, enloquecedor. Pero las ciudades -pequeñas ciudades, de cincuenta mil a sesenta mil habitantes- son todas limpias, perfectas y aburridas. En las tierras del oeste se apaga el polvo y la belleza es de otro mundo. Una cadena de lagos desciende desde San Martín de los Andes hasta el imponente glaciar de lago Argentino, alto como un rascacielos. Cada cuatro años, el glaciar se parte con un rugido prehistórico. Los lagos son de color esmeralda, topacio, negros, amarillos, todos helados. Los que caen en ellos sin trajes térmicos sucumben en tres o cuatro minutos, entre salmones y truchas indiferentes, que se desplazan por las corrientes subterráneas.

Las aldeas que crecen en las laderas que los circundan han sido construidas por extraños que vieron en esos parajes una vislumbre de El Dorado y, a veces, lo encontraron. En las ciudades turísticas situadas hacia el norte, los primeros habitantes fueron suizos, austríacos, *hippies* de los años 60 y, anteriores a ellos, fugitivos nazis. Más abajo, en las regiones de pesca, junto a los bosques de arrayanes y las fresas silvestres, se han asentado algunos norteamericanos jubilados y jóvenes chilenos desencantados. Y al sur, en los yacimientos de carbón de Río Turbio, la mayoría de los obreros son chilenos: araucanos, mapuches, fugitivos de las ciudades.

Hace treinta años, cuando estaba siguiendo el rastro de los padres de Juan Perón, viajé a través de una línea de aldeas galesas, en la zona este del Chubut, cuyas costumbres parecían no haberse desplazado un ápice desde el siglo anterior. Pueblos como Trelew, Gaiman, Dolavon, eran escenografías de películas del oeste, con matronas sacrificadas que hacían dulces y tortas entre los rezos del amanecer y los de la noche, y hombres de consistencia de roble que trabajaban en los campos de sol a sol.

A fines del siglo diecinueve, esas aldeas tenían entre ciento cincuenta y doscientos habitantes, uno a dos pastores anglicanos, una estación de ferrocarril a la que llegaban dos veces por semana los trenes de Rawson y un periódico, *I Drafod*, escrito en galés, que defendía los intereses de los colonos. Pero en octubre de 1973, cuando viajé a Trelew -la más grande de esas aldeas-, ya la población ascendía a veintiseis mil personas y seguía creciendo, alentada por el éxito de algunas fábricas de tejidos. Las viejas casas de latas y cartones que se

alzaban entre las lomas, en las afueras del pueblo, habían sido reemplazadas por modestas construcciones de hormigón. Cientos de familias jóvenes -ingenieros, médicos, abogados- abandonaban Buenos Aires y La Plata en busca de una comunidad más solidaria y menos afiebrada por el consumo.

A poco de llegar a Trelew, quise alquilar un automóvil para viajar a Comodoro Rivadavia - cuatrocientos kilómetros al sur-, y me preguntaron si estaba loco. Algunos amigos me llevaron campo afuera, para que tuviera un atisbo de la travesía. Por las tierras amarillas del sur de la ciudad pasaba el río Chubut; del otro lado, en el páramo, había colinas bajas y matorrales de molles y coirones. El viento empujaba las ramas de espino y los ripios con una fuerza inverosímil. Ningún vehículo sin blindaje en los vidrios y en el chasis podría avanzar indemne contra la furia del viento.

Quizá todo sea distinto ahora, pero la soledad y la naturaleza hostil siguen convirtiendo aún a los más débiles en personas de carácter, resistentes a cualquier adversidad. Ser de la Patagonia es uno de los orgullos mayores del nuevo presidente argentino, Néstor Kirchner, hijo de croatas y alemanes, que llegó a Buenos Aires bebiéndose los vientos por un país nuevo. Desear, beber los vientos, avanzar contra las mareas hostiles es algo que los patagónicos hacen mejor que nadie.

La ilusión del reino

Una larga carretera, la 3, une el norte con el sur de la inmensa Patagonia. La región entera, de casi setecientos mil kilómetros cuadrados, tiene una extensión que supera con holgura la de España y Portugal juntos, pero su población es cincuenta veces menor. Entre este y el oeste, las rutas son escasas, vacías, a menudo intransitables. Un heroico explorador y geógrafo, el perito Francisco P. Moreno, intentó un reconocimiento de los desiertos infinitos entre 1870 y 1902, y se aventuró desde el feraz valle del Río Negro, en el límite norte del territorio, hasta las fuentes del río Santa Cruz. Su cuerpo fue enterrado en una isla solitaria del lago Nahuel Huapí, frente a San Carlos de Bariloche. Cada vez que pasan frente a la tumba, los barcos la saludan tocando sus sirenas funerarias.

El más extravagante viajero de la Patagonia fue, sin embargo, un francés enloquecido, Orllie Antoine de Tounens, que intentó fundar allí, a mediados del siglo diecinueve, un reino hereditario. Aún ahora, sus herederos siguen emitiendo monedas y concediendo -en venta, claro- títulos nobiliarios.

Como Don Quijote, Orllie llegó a los páramos del sur con la imaginación encendida por las lecturas de viajeros. En vez de novelas de caballerías, sus autores de cabecera eran Cook, La Pérouse, Bougainville, Orbigny y cuanto navegante pudiera confirmar su vocación de monarca.

Orllie Antoine de Tounens era un oscuro procurador de Périgueux -capital de la Dordogne, Francia- cuando, en agosto de 1858 desembarcó en la costa norte de Chile con el designio de "reunir las repúblicas hispanoamericanas en una Confederación Monárquica Constitucional". Tenía treinta y tres años y llevaba, despeinada, una cabellera de león que se prolongaba en una barba negra y patriarcal. Al pasar por Santiago de Chile supo que los hechiceros araucanos habían tejido una leyenda según la cual el fin de la servidumbre indígena coincidiría con la llegada de un hombre blanco a la región. Eso lo decidió: cruzó la cordillera,

se internó en las planicies polvorientas del este, y el 17 de noviembre de 1860 proclamó allí, desde un lugar ahora ignoto, el nacimiento del reino de Araucanía y Patagonia.

Cuando entró en tierras indias, llevaba un equipaje deslumbrador: la bandera verde, azul y blanca del reino, y el borrador de la Constitución. Lo acompañaban un mestizo que oficiaba de valet y dos cándidos franceses, los señores Lachaise y Desfontaines, a quienes había prometido los ministerios de Justicia y de Relaciones Exteriores. No lo desvalió la suerte: amparado por tres caciques, el procurador puso a las tribus mapuches y moluches en pie de guerra. El territorio que reclamaba estaba comprendido entre los paralelos 39 y 53; limitaba al norte con los ríos Negro y Bío-Bío y al sur con el estrecho de Magallanes; confinaba con los dos océanos y lo interrumpían un millar de lagos.

Las tribus que le rindieron vasallaje eran las más indómitas de América, y sus fuerzas habían sido calculadas en treinta mil lanzas. A comienzos de 1861, Orllie de Tounens emprendió una febril batalla postal desde las soledades patagónicas. Poco antes de la Navidad informó a los presidentes de Chile y Argentina que estaba ocupando el trono de un país limítrofe. Resignado a la soltería, concibió un orden de sucesores: la corona correspondería, en caso de muerte, "a Jean de Tounens, nuestro padre bien amado" y, si él la rechazara, "al primogénito Jean de Tounens".

Los gobiernos de Chile y Argentina recibieron la noticia con indiferencia. Despechado, Orllie organizó una ceremonia de coronación. Más de dos mil indígenas lo aclamaron junto a las tolderías del cacique Levin: desde lejos revolearon los ponchos y enarbolaron sus lanzas de colihue, enardecidos por los golpes de viento y las columnas de polvo que levantaban sus caballos. Poco antes de que terminara el año, el nuevo rey concertó con Guantecol, cacique de los huillinchés, un pacto temerario: a cambio de doce mil indios armados prometió la toma de Santiago de Chile. De ese delirio nacería su ruina.

El 5 de enero de 1862, mientras se refrescaba a la sombra de un manzano, lo detuvo una patrulla del ejército chileno. Ni siquiera en ese momento de suprema desventura perdió la calma. Prometió a sus captores que, si lo dejaban libre, regresaría a Francia en el primer barco. Lo que se proponía era ganar tiempo. Esperaba que, desde algún lugar del horizonte, un ejército de súbditos indígenas avanzara para rescatarlo. Nadie apareció. Durante nueve meses, Orllie fue encerrado en la cárcel de Los Ángeles, Chile. Se fingió loco, y sólo entonces el cónsul francés decidió ayudarlo. Cuando caminaba hacia la sala de audiencias, el rey destronado pasó ante un espejo y se paralizó de horror: la cabellera frondosa que hipnotizaba a sus vasallos y era arremolinada alegremente por el viento patagón, había sido borrada por la disentería y el insomnio. El cráneo yermo y opaco que veía el procurador era la cruel metáfora de su infortunio.

A mediados de octubre de 1862 embarcó en un navío de guerra rumbo al puerto de Brest. Al atravesar el estrecho de Magallanes volvió a crecerle el pelo "tan espeso y negro como antes", mientras el aire de mar le restauraba los sueños de grandeza.

Orllie Antoine regresó a la Patagonia en abril de 1874, auxiliado por sus cofrades masónicos y por un empréstito de Jacob Michael, banquero de Londres. La escala en Bahía Blanca, al extremo sur de la provincia de Buenos Aires, iba a convertirse en su ojeada final a las tierras de América: mientras caminaba por la vereda de la Catedral lo reconoció un oficial del

ejército argentino y lo detuvo. A Orllie no le quedó otro argumento que emprender el regreso.

Pasó en París los últimos años. Se lo veía a menudo en las cercanías de la Madeleine, con una levita negra de cuello aterciopelado, un chaleco de fantasía y un sombrero aludo que ocultaba apenas las cascadas de su cabellera. Aun entonces, aferrado a las ilusiones de su reino, publicó avisos en *La Couronne d'Acier* suplicando a las jóvenes parisienses que viajaran a la Patagonia "para edificar allí, junto a los indios, una población fecunda". Poco antes de morir, el 19 de setiembre de 1878, dio a conocer un último aviso, al que tituló "Epístola de amor a las niñas casaderas de Francia y del extranjero".

Mañana en el paraíso

Lo que sobrevive del reino de la Patagonia son unas pocas medallas y folletos, una dirección postal en el distrito XVI de París, un escudo de armas, algunos papeles de carta y un príncipe de modales elegantes que ha instalado su cuartel general en el Círculo Republicano, de la avenida de la Opera, en París.

Philippe-Paul-Alexandre-Henri Boiry, el pretendiente de la Corona, ya no cree que el reino de la Patagonia sea sino una tradición, un punto de apoyo para exaltar los derechos de las comunidades indígenas de Sudamérica, avasalladas por el poder español y condenadas al exterminio por los generales argentinos que conquistaron el desierto. Sentado bajo un busto de Alfred Mascuraud, fundador del Círculo, Philippe ha aprendido a destilar cierta ironía cortesana, a derrotar a los escépticos con el relato de sus propios lustros familiares y a sortear las preguntas temerarias recurriendo al "secreto diplomático".

"Soy una víctima del tiempo", admite. En su reino de fantasía hay muy pocas celebraciones. Hace ya veinte años ha designado al sucesor. Como no tiene hijos -igual que Orllie- eligió al de un primo hermano, el conde Darboussier, que habitó la isla de Guadalupe durante mucho tiempo y amasó allí una estupenda fortuna. El heredero tiene 43 años y se llama Jacques-Marie.

A su modo, la Patagonia es el último El Dorado que ha quedado sobre la tierra, porque los seres humanos que van allí para quedarse sueñan, invariablemente, con fundar algo nuevo: colonias agrícolas anarquistas, reinos, comunidades *hippies*, centros nudistas, todas metáforas de la libertad que no se encuentra en las regiones habitadas, donde la ley es una valla para la imaginación.

En 1887, un rumano de treinta años, Julio Popper, creyó encontrar en las costas desoladas de Tierra del Fuego un yacimiento de oro. El oro era ilusorio, casi inexistente, pero le bastó para acuñar algunas monedas que aún se exhiben en el museo de Ushuaia. Entre 1905 y 1907, el célebre asesino y salteador Butch Cassidy vivió como un apacible ganadero en Cholila, un pueblo cordillerano de Chubut, junto a sus cómplices Etta y Henry Place, también conocido como Sundance Kid. Mucho después, entre 1965 y 1990, cientos de jóvenes desencantados de Buenos Aires se desplazaron al valle de Río Negro, a cosechar manzanas, o se instalaron más al oeste, en el pueblo de El Bolsón, donde cultivaron fresas, frambuesas, moras, y se dedicaron a la artesanía. Ahora, entre los vientos feroces y el hielo de los lagos, los hijos de la Patagonia -los nacidos allí y los extraños- esperan allí una felicidad de paraíso que está siempre a punto de llegar, quizá mañana, quizás el año que viene. Nadie los ha desmentido

todavía.

© El País S.L. | Prisacom S.A.

LECTURA

REPORTAJE: HISTORIAS DE LA ARGENTINA / Y 7

Final con melancolía

La necrofilia florece -como las guerras- en los momentos de crisis nacional o de dudas sobre el futuro. Permite invocar las grandezas del pasado y, aunque sólo sea por algunas semanas, resucitar sus espejismos. De esa forma puede ser leída la historia entera del país, desde la fundación de Buenos Aires hasta las desventuras sufridas por el cadáver de Eva Perón.

© Tomás Eloy Martínez / EL PAÍS.

EL PAÍS | Opinión - 16-08-2003

Ningún viajero que se aventure por San Miguel de Tucumán, la tórrida ciudad donde se declaró la independencia de Argentina, dejará de ver un bloque de granito situado frente a la Casa de Gobierno. El pequeño monumento evoca el sitio donde estuvo clavada, hace más de un siglo y medio, la cabeza de un hombre, Marco Manuel de Avellaneda, ex gobernador de la provincia y uno de los jefes de la coalición que se oponía a Juan Manuel de Rosas en 1840.

Los niños de Tucumán aprenden la historia de Avellaneda en la escuela primaria. Cualquiera de ellos sabe que Avellaneda, luego una derrota militar, huyó hacia las montañas del Aconquija, con la intención de llegar a Jujuy. Una patrulla aliada del dictador Juan Manuel de Rosas lo tomó prisionero y lo llevó a la aldea de Metán, cien kilómetros al norte, donde lo sentenciaron a muerte. Cada vez que las escuelas tucumanas conmemoran el fin de Avellaneda, suele representarse la escena de su agonía tal como fue relatada por un capitán que la presenció: "Avellaneda estaba de pie. Un soldado con su cuchillo en mano le cortó la cabeza. El cuerpo del gobernador cayó, con la cabeza completamente separada. Por largo rato estuvo como quien anda a gatas. La cabeza hacía las más extrañas gesticulaciones: los ojos se abrían y cerraban girando de izquierda a derecha y viceversa, mientras el labio inferior se colocaba muchas veces debajo de los dientes con un movimiento natural y poco forzado. La cabeza vivió de este modo doce minutos".

La continuación de la historia no es menos elocuente. Para que sirviera de advertencia a los rebeldes, la cabeza fue llevada a la plaza mayor de Tucumán y clavada en una pica. Una viuda aristocrática, Fortunata García, solía ir todas las tardes a contemplarla. Era primavera, y sobre los naranjos floridos de Tucumán rondaban enjambres de abejas y de moscas. La viuda comenzó a oír la secreta voz del *mártir*. "¡Sácame de aquí!", le suplicaba. "¡Sácame de aquí!". Atormentada, la mujer convenció -o más bien sedujo- al jefe de la guarnición para que le permitiera apoderarse de la cabeza y enterrarla en un lugar sagrado. El historiador Adolfo Saldías, que ha registrado el episodio con seriedad académica, afirma que el oficial cedió al fin y "le envió la cabeza envuelta en una manta. La noble dama tucumana lavó y perfumó esa cabeza, la depositó en una cofre y a la noche siguiente le dio sepultura".

Ver en la iglesia de San Francisco el nicho donde la viuda había ocultado la reliquia era, hace medio siglo, una de las excursiones obligatorias en las escuelas primarias. Avellaneda no está enterrado en ese sitio, sin embargo -como las maestras creían-, sino en el cementerio de la Recoleta, a veinte pasos del mausoleo de Evita Perón. Debió de llegar allí ya hacia finales del siglo diecinueve, porque desde 1840 hasta tres décadas después, los despojos del *mártir* yacieron en la cama de doña Fortunata García hasta que ella murió. Tal como refiere Saldías, la viuda lavó y perfumó la cabeza. Pero en vez de enterrarla, la retuvo entre las sábanas de su cama, hirviendo sin cesar hojas de eucaliptus para limpiar el dormitorio de aromas delatores.

El episodio es inequívocamente argentino. La historia entera del país, desde la fundación de Buenos Aires hasta las desventuras sufridas por el cadáver de Eva Perón, puede ser leída como una historia de necrofilia. Por la fuerza de la costumbre, nadie se sorprende ya en Argentina de que los próceres sean evocados en el aniversario de sus muertes, no de sus nacimientos, y los héroes son recordados tanto por sus hazañas como por las últimas palabras que pronunciaron, sean verdaderas o no.

El creador de la bandera, Manuel Belgrano, por ejemplo, exhaló al morir este lamento: "¡Ay, patria mía!". El joven revolucionario jacobino Mariano Moreno, secretario de la primera junta de gobierno, se ingenió para gritar en alta mar, antes de que lo fulminara un síncope: "¡Viva mi patria aunque yo perezca!". Y el sargento mulato Juan Bautista Cabral, que dio su vida para salvar al libertador José de San Martín durante la batalla de San Lorenzo, encontró fuerzas para decir, en el momento en que una bala le atravesaba el corazón: "Muerdo contento. Hemos batido al enemigo".

La necrofilia ha vuelto a batir sus tambores al empezar este invierno argentino, cuando volvió a discutirse en el Congreso la ley que reunirá los cuerpos de Juan Perón y de su segunda esposa Evita en un solar de San Vicente, cuarenta kilómetros al sur de Buenos Aires, donde ambos compartieron algunos domingos de paz. Dos hermanas de Evita, ya casi nonagenarias, se han mostrado reticentes a la idea, porque temen que el cadáver -ahora protegido por tres planchas de acero, cada una de las cuales tiene combinaciones de seguridad- vuelva a ser mancillado. Pero las radios de Buenos Aires no cesan de hablar del tema.

El pasado que vuelve

Tantos signos de necrofilia en la Argentina no pueden explicarse como meros ecos del azar. Un temprano relato sobre la primera fundación de Buenos Aires, publicado en 1567 por el soldado alemán Ulrico Schmidt, refiere que las tierras donde se alzaba la ciudad eran tan inhóspitas que el hambre diezmó a quienes las descubrieron. Tres españoles desesperados robaron un caballo y se lo comieron. No bien lo supo el jefe de la expedición, Pedro de Mendoza, los mandó atormentar para que confesaran y luego los hizo ahorcar. Esa misma noche, "otros españoles cortaron los muslos y demás pedazos de los ahorcados, se los llevaron a sus casas y allí los comieron".

Mendoza se había retirado a su nave. Las fiebres de la sífilis lo devoraban. Al enterarse de que cundía la antropofagia, ordenó que impregnaran de sangre algunos pañuelos de lino y que se los aplicaran sobre las llagas de su enfermedad, para mitigar el ardor. Si así nació Buenos Aires, ¿por qué extrañarse de que al primer río argentino se le diera el nombre de La Matanza? ¿Y cómo no entender que el primer cuento nacional, escrito por Esteban Echeverría hacia 1841, acabara por llamarse *El*

Matadero?

Tan excesivo como el degüello del *mártir* de Metán fue el destino póstumo de Juan Lavalle, jefe de la oposición militar al tirano Rosas. Cuando Lavalle fue abatido por un balazo casual en la ciudad norteña de Jujuy, sus hombres quisieron preservar el cadáver de la inquina de los enemigos, que andaban buscándolo. Condujeron el cuerpo a través de socavones y lechos de ríos muertos, con la esperanza de llegar a Potosí, en el Alto Perú. Era verano. Cuanto más avanzaban, más intolerable se les tornaba la compañía de aquel general marchito, en quien la muerte estaba haciendo estragos. Enterrarlo en secreto, abandonándolo a la saña de sus verdugos, les parecía desleal. Seguir cabalgando con él mientras lo veían deshacerse era una afrenta a su gloria. Resolvieron entonces detenerse a orillas de un arroyo, y descarnar los despojos. Cincuenta y siete oficiales rindieron honores al esqueleto.

En 1952, el velatorio de Evita Perón convocó a setecientos mil dolientes que aguardaron durante días enteros bajo la lluvia helada de Buenos Aires, con la esperanza de acercarse al cadáver y tocarlo. Las agencias internacionales de noticias supusieron entonces que la pasión por un cuerpo muerto era nueva en la Argentina. Ya había sucedido de manera casi idéntica en 1838, sin embargo, durante las fastuosas exequias de Encarnación Ezcurra, la esposa de Juan Manuel de Rosas. Y se repitió en 1933, cuando decenas de personas sucumbieron, aplastadas por el entusiasmo de la muchedumbre, en el entierro del ex presidente Hipólito Yrigoyen. Y también en 1936, cuando llegaron desde Colombia los restos de Carlos Gardel, ídolo del tango.

Los muertos encienden de pasión a los argentinos. Pocos meses después de asumir el Gobierno en 1989, Carlos Menem advirtió que su plan económico estaba a punto de naufragar. Desvió entonces la atención de la gente ordenando que se repatriaran las cenizas de Juan Manuel de Rosas, quien yacía exiliado en el cementerio de Southampton, junto al canal de la Mancha, desde 1877. Semanas después, entre noviembre y diciembre, el Congreso y algunos municipios peronistas fueron inundados de proyectos para trasladar tumbas de próceres y caudillos de una ciudad a otra. El autor del himno nacional, Vicente López y Planes, fue llevado a la ciudad de Vicente López; el del maestro William Morris, al pueblo de William Morris, y el del filósofo Alejandro Korn, a la previsible estación ferroviaria de Alejandro Korn, cerca de La Plata.

Danza de equivocaciones

El minué debía continuar con la repatriación del efímero ex presidente Héctor J. Cámpora, sepultado en México, y el de Jorge Luis Borges. La viuda del escritor, María Kodama, rogó a Menem que desalentara esos planes. Borges -dijo- había querido ser enterrado en Ginebra. Devolverlo a Buenos Aires constituía una forma de traición.

A Borges le habría gustado, quizá, contar otro de los actos de ese minué funerario. Uno de las estrofas que solía recitar era la primera de *Poemas solariegos*, un libro publicado por el poeta nacional Leopoldo Lugones diez años antes de suicidarse: "*En la Villa de María del Río Seco, / al pie del cerro del Romero, nací. / Y esto es todo cuanto diré de mí, / porque no soy más que un eco / del canto natal que traigo aquí*".

Los despojos de Lugones yacían en la isla donde se había matado. En febrero de 1994 fueron trasladados, con pompa y circunstancia, a la ciudad de Villa María, situada ciento cincuenta

kilómetros al sur de Córdoba, pensando que se trataba de su pueblo natal. A última hora, alguien advirtió que Lugones había nacido en la casi homónima Villa de María, que está cuatrocientos kilómetros al norte de la anterior, sobre la misma ruta, pero ya no quedaba tiempo para hacer el cambio, de modo que el poeta está yaciendo ahora en un lugar equivocado.

Dos años más tarde, en julio de 1996, la ex esposa de Carlos Menem, Zulema Yoma, logró que un juez la autorizara a exhumar el cadáver de su hijo Carlos Facundo, con la única intención de verificar su identidad. La obsesión de Zulema Yoma parece una variante trastornada del drama de Antígona. Poco después de que el hijo sucumbiera en un accidente de helicóptero - los testigos dijeron que volaba demasiado bajo, sobre la ruta que une Buenos Aires con Rosario, y vieron que las aspas del helicóptero se enredaban en unos cables de alta tensión-, la madre echó a rodar la versión de que Carlos Facundo había sido asesinado. "Lo mató", dijo "esa mafia que está enquistada en el poder", lo que convertía a su ex marido, el presidente, en cómplice del crimen. Después, Zulema se entregó a la ilusión de que el cadáver enterrado en el cementerio islámico de San Justo no fuera el de su hijo. El cadáver fue exhumado un viernes a las cuatro de la madrugada y desplazado hasta una morgue judicial en el centro de Buenos Aires. La autopsia tardó cinco horas. Cuando le confirmaron la identificación, Zulema se abrazó a los despojos y rompió en llanto: "Ahora sé, por fin, que se trata de mi hijo", declaró. "Ahora voy a poder rezar tranquila ante su tumba".

Es un pobre consuelo, pero es mejor que el vacío, la nada y el silencio que siguen atormentando a otras madres, las que aún siguen dando vueltas por la Plaza de Mayo todos los jueves, con la imposible esperanza de que los hijos les sean devueltos con vida.

La necrofilia florece -como las guerras- en los momentos de crisis nacional o de dudas sobre el futuro. Permite invocar las grandezas del pasado y, aunque sólo sea por algunas semanas, resucitar sus espejismos. En el fragor de un combate político en Corrientes, el Gobierno de esa provincia sugirió trasladar los despojos del libertador José de San Martín desde el santuario donde yacen, en la Catedral de Buenos Aires, hasta la casa natal de Yapeyú. También las urnas de los padres de San Martín debían ser desplazadas del cementerio de la Recoleta hasta el mismo sitio. Era una idea que nadie había osado tener hasta ese momento, en febrero de 1998. El testamento de San Martín es inequívoco sobre su destino último: "Prohibo que se me haga ningún género de funeral; y desde el lugar en que falleciere se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento; pero sí desearía que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires".

La necrofilia es tal vez sólo un juego de apariencias, en el que, para no aceptar su destino de fin de mundo, para no despertar a la realidad de lo que son y lo que tienen, los argentinos siguen aferrándose a los despojos de lo que fue el país, o de lo que prometía ser. Ahora, en el invierno austral de este 2003, las tinieblas del pasado parecen disiparse y la Argentina sólo tiene ojos para el futuro. El problema es el presente, donde la necrofilia todavía pesa como una condena.